

El espíritu de fe y de oración



1. El espíritu de fe en la tradición de nuestros Fundadores y en el contexto de la increencia
2. G.José, hombre de oración, impulsor de caminos o métodos
3. Adela, mujer de oración, maestra de orantes. “Orar con Adela”
4. Los textos primitivos. Los tres métodos marianistas de oración

1. EL “ESPÍRITU DE FE” EN LA TRADICIÓN DE NUESTROS FUNDADORES Y EN EL CONTEXTO DE LA INCREENCIA

El “**espíritu de María**”, lema que resume el carisma marianista, tiene su equivalencia en el “espíritu de fe”, “espíritu interior”, apertura de disponibilidad a la acción del Espíritu Santo. Lo que fue y es la identidad espiritual de María, es también la identidad espiritual de la Iglesia y de la Familia marianista. “**Lo esencial es lo interior**”, decía Chaminade. Queremos, formados por María, ser **hombres y mujeres de fe y de oración: que viven desde dentro, desde su interioridad, el Misterio amoroso de Dios, Amor que habita en la entraña del ser, de toda la realidad del mundo**. La centralidad de la fe, hecha esperanza y amor, está presente en nuestros fundadores desde las raíces de sus vidas. Seguir sus biografías es caminar con estos dos TESTIGOS DE LA FE.

LOS CONTEXTOS

1. Por una parte vemos a Chaminade y a Adela viviendo “**un proceso comprometido de fe**”. Es **una fe en evolución** y al mismo tiempo **en apuesta creciente**. Esto lo contemplamos leyendo sus biografías y sus escritos. Desde Perigueux y Trenquelléon hasta el fin de sus vidas. Pero especialmente lo que más nos toca “de cerca” (hemos nacido de una fundación de ellos) es que, tanto Chaminade como Adela, son dos “creyentes militantes”, un hombre y una mujer “en misión”, en compromiso de fe, y con una fe arriesgada, que se juega la vida o la comodidad (época del Terror, y otros momentos posteriores). Chaminade incluso pide a la Santa Sede ser un “misionero que pueda evangelizar por todas partes”: eso es lo que significa “**Misionero apostólico**”. No quiere ser un párroco más en su diócesis de Burdeos. ¡Quiere poder ir a cualquier parte de Francia o del mundo!. Él ofrece y a la vez pide para sí, pero también para sus hijas e hijos seglares, religiosas y religiosos, **ser evangelizadores permanentes y sin fronteras**. Y lo obtiene de Roma: es el “Breve pontificio” de Gregorio XVI (8 febrero 1840). Este es el primer contexto histórico del “espíritu de fe” marianista: señala una vida de fe y una apuesta evangelizadora.

2. El segundo contexto es el social y cultural. Los fundadores se encuentran viviendo en una sociedad profundamente sacudida por la Revolución política, moral y cultural. Francia y Europa inician una fase marcada por la **separación entre fe y razón, entre Iglesia y Estado**. La sociedad europea, heredera de la Ilustración, ha comenzado una extraordinaria secularización de la cultura, fruto de la autonomía de la filosofía con respecto a la fe y a la autoridad eclesial. En muchos casos, esta secularización tiene la marca de la **"Indiferencia religiosa"** (la "herejía moderna" para Chaminade), e incluso el rechazo abierto a la fe cristiana y a la Iglesia. Chaminade y Adela nacen cuando se ha operado una fractura grande en el seno de la Modernidad: comienza **la época de la increencia** y a la vez, de **la gran oportunidad para la fe**. Así lo analiza un teólogo actual:

*"Esta nos parece ser la génesis de **"la pérdida de la creencia en Dios"**: la adquisición de autonomía, por parte de la razón humana y permitida por la teología, que no consiguió dejar que la razón llegara a la libertad de pensar en seno de la fe (...) La teología no consiguió purificar el imaginario de los fieles, ni tampoco consiguió elaborar una hermenéutica crítica, capaz de explicar de manera satisfactoria para la fe y para la razón, los textos bíblicos incriminados por la ciencia. La Iglesia, sintiendo la Palabra de Dios conmocionada, se amuralló en una actitud defensiva y hostil, y se fue creando la imagen de adversaria de la razón y de la libertad de expresión y de pensamiento. Los pensadores de la Modernidad se apartan de la Iglesia y se vacían del pensamiento de Dios. Dios se retira del espacio liberado por la filosofía. El hombre aprende a prescindir de Dios. Por otra parte, **"la religión cristiana se repliega"**: porque la fe cristiana, que era originalmente una respuesta libre y personal ante la llamada de Jesucristo, a lo largo de los siglos del régimen de Cristiandad, se ha convertido en una "religión" o una "creencia", en la que se nace y se sigue poco menos que por la inercia social o el influjo familiar y educativo. Cuando se toma conciencia de que es preciso regenerar la respuesta libre de la fe ante Jesucristo, se puede comenzar a "pasar de la religión o creencia cristiana a la fe cristiana como compromiso verdadero". (Joseph Moingt "Dios que viene al hombre". Sígueme. 2007. pags 72-80).*

Muchos cristianos, ante esta llamada fuerte y personal de su fe, no dan una respuesta, y prefiriendo la "religión" tradicional a la fe, dejan finalmente de lado tanto la religión como la fe. Es la deserción de inmensas multitudes dentro del propio cristianismo, la "apostasía silenciosa". Son los que hoy mayoritariamente se declaran "católicos" en una encuesta, pero sin ninguna repercusión en sus vidas. La "religión" se ha replegado. Sin embargo, esto supone la gran oportunidad de la fe cristiana, el punto de partida para no vivir ya más, simplemente de la religión, sino de una respuesta personal, libre y comprometida a Jesucristo que nos llama ("El justo vive de la fe" Rom 1,17). **Esta gran oportunidad, la regeneración de la fe cristiana es lo que Chaminade y Adela toman como gran motivo e impulso**. No quieren vivir ya de la fe intelectual, la de los filósofos deistas o de los hombres y mujeres de la "religión" cristiana, sino la fe que abarque la persona entera y provoque una respuesta decidida ante la llamada de Jesucristo a sus vidas. Es la **"fe del corazón"**.

LA PROPUESTA

Las vidas de nuestros fundadores están inmersas en esta situación social y espiritual posrevolucionaria. Y ellos, testigos de la fe, realizan una propuesta cristiana vital: **vivir de la fe**, (la **"fe del corazón"**, el **"espíritu de fe"**), **formar comunidades de fe**, y considerar la **misión como una formación en la fe**. Esas son las claves de nuestra espiritualidad, el núcleo de nuestro carisma, identificado con el "espíritu de María". Cuando Chaminade proyectaba las primeras Constituciones SM, le ayudaba Lalanne en la redacción, y le dijo: "Debes escribir dos capítulos centrales, uno sobre la fe y otro sobre María". Esa fue la "cuna de nuestra espiritualidad".

No cabe duda que vivimos un mundo y una cultura profundamente divididos en cuanto a la fe religiosa: mientras Occidente ha radicalizado su secularización e indiferencia religiosa (especialmente en Europa), en otros continentes (y especialmente en las religiones mayoritarias como el Islam, y el Cristianismo), la fe está pujante y en expansión. La propuesta sobre la fe es entonces una de las grandes cuestiones de la cultura actual. Porque si nuestra sociedad y cultura no se fundamentan en la espiritualidad, será una cultura que morirá en su finitud. Así, "El espíritu

de fe” es la gran propuesta marianista para el debate sobre Fe e Incredencia. **La fe en Jesucristo es lo único que nos justifica, lo que nos restablece en su amistad (Rm 1,16-17; 3,21-26). Pero la fe intelectual no basta, no es verdadera fe (Sant 2,14-17): es preciso que asienta y se comprometa el mismo corazón, hay que amar las mismas verdades de la fe, amar lo que se cree (“Fe del corazón”).** Esta es una de las grandes enseñanzas e insistencias de Chaminade. PERO SOLO EL AMOR, SOLO EL COMPROMISO de creyentes e increyentes será lo que salve a nuestra cultura. Porque “la fe se hace viva por la práctica del amor” (Gal 5,6). Porque el creyente debe pensar según la fe, mirar el mundo desde la fe, vivir según la fe (“*espíritu de fe*”).

Los “**escritos fundacionales**” están así cuajados de textos sobre la fe. Existe una exhaustiva recopilación en el libro: “**ESCRITOS SOBRE LA FE**” (Bernardo Cueva sm. 1977). Podemos leer algunos en la antología “Un tiempo para el carisma marianista”, de “Encarnar la palabra” (capítulo 6: “Vivir de la fe”). O profundizar en la preciosa “**Carta de la fe**” que Chaminade escribió a Lalanne.

2. G. JOSÉ CHAMINADE, HOMBRE DE ORACIÓN, IMPULSOR DE CAMINOS O MÉTODOS

1. La Iglesia ha vivido una historia extraordinaria de oración (Nuevo Testamento, padres del desierto, padres de la Iglesia, “*Lectio divina*” en el Monacato, el franciscanismo, los místicos, Ignacio de Loyola, la religiosidad popular, la liturgia y el canto, etc). Hoy seguimos orando en la LITURGIA, oración oficial de la comunidad cristiana, y en LA ORACIÓN PERSONAL. Seguimos reflexionando y proponiendo caminos de oración como lo muestra el “**Catecismo de la Iglesia católica**” en su preciosa 4ª parte: “**La oración cristiana**”.

2. El fundador, hombre de oración, formado en la oración. Sus fuentes e influjos: Las “Reglas de la congregación de San Carlos” de Mussidan, son su cimiento; la espiritualidad sulpiciano-complemento sacerdotal; los ejercicios de San Ignacio y el influjo de su hermano Juan Bautista, son claves en una oración ligada al discernimiento y la vocación). Tenía una biblioteca importante, y era un lector culto y actualizado. Oraba y se formaba. En sus lecturas sobre la oración destacan los autores jesuitas: principalmente Guillermo Berthier (“espíritu de fe y oración”), Alfonso Rodríguez, Álvarez de Paz (“ejercicios de presencia de Dios”) y sobre todo el P.Nouet: “*El Hombre de oración (oración, ejercicio de la fe)*”.

3. Chaminade se convierte en un formador de la oración para los hombres y mujeres de sus fundaciones. Los discípulos de Chaminade (congregantes seculares, y luego las religiosas y religiosos), viven una oración tradicional eclesial, formada en la familia, la escuela y la liturgia parroquial o de los oratorios. Algunos viven formas y métodos muy sencillos o básicos, otros más elaborados y profundos. Chaminade comienza con ellos a formar la oración nueva, la oración tras la revolución. Si hay “nova bella” también lo habrá para la oración.

4. Oración en una preocupación de afianzamiento de la fe y de la misión. “Oración de fe”, “fe del corazón” (Rm 10,10). Sus fundaciones están marcadas por la oración en un contexto histórico de crisis total de la sociedad y de la fe en Francia. Los orígenes de la Familia marianista nos acercan a una vida de oración, por una parte marcada por la gran tradición eclesial (oración vocal, oración mental discursiva, mental afectiva, oración contemplativa), pero también en este contexto nuevo secularizado, de la incredencia o la indiferencia, necesitado de una profundización y un espíritu nuevo. Sobre todo necesitado de un testimonio vital, y no tanto de un testimonio de palabras «*El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan...; o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio*» (Evangelii nuntiandi, 41).

5. Oración y espiritualidad propia: el “espíritu de María” (“espíritu de fe”, de acogida del Espíritu, de vivencia del Evangelio), o “misterio de la Encarnación”. El suelo o cimiento de nuestra oración marianista. Desde ese “humus” **somos muy libres para orar a donde Dios nos conduce**, porque “**nuestro método es no tener método**” (Chaminade). Pero el don propio troquela y marca nuestra fe y nuestra vida; es lo que permite caminar hacia nuevas formas (“nova bella”).

3. ADELA DE TRENQUELLÉON, MUJER DE ORACIÓN Y MAESTRA DE ORANTES

MARIE JOËLLE BEC. "ORAR CON ADELA". Marie Joëlle Bec, religiosa marianista, que fue la 13ª superiora general de las Hijas de María Inmaculada (2002-2012), ha trabajado mucho el Epistolario de Adela de Trenquelléon, y a ella le debemos una tabla analítica de las Cartas ("Index"). En esta obra nos invita a entrar en el corazón orante de Adela, y a aprender nosotros a orar desde el carisma.

4. LOS DOCUMENTOS PRIMITIVOS: Están en muchos escritos personales y en apuntes de los discípulos. Todos los originales están en los Archivos generales de Roma (SM-FMI). Los tenemos editados como textos en dos grandes colecciones: "**Escritos y Palabras**" (vols 1-7) y "**Cartas**" (Vols 1-7). Desde hace años se han venido publicando libros monográficos sobre nuestra espiritualidad, basados en los textos: en nuestro caso, es básica la recopilación "**ESCRITOS DE ORACIÓN**" (1969) de Raimundo Halter sm; y también es interesante consultar "**Escritos sobre la fe**" y "**Escritos marianos**".

LOS TRES MÉTODOS MARIANISTAS

I. MÉTODO DE ORACIÓN SOBRE EL CREDO

II. ORACIÓN DE FE Y PRESENCIA DE DIOS ("ORACIÓN DE SENCILLEZ")

III. MÉTODO COMÚN DE MEDITACIÓN

La espiritualidad marianista nos ha transmitido desde sus orígenes una preocupación tanto por la fe como por la oración (G.J. Chaminade. "Escritos sobre la fe y sobre la oración"). La insistencia de los Fundadores al fundir oración y fe, les lleva a promover una serie de métodos de oración que la tradición marianista nos ofrece también para hoy: "Método de oración sobre el credo", "Método de oración de fe y presencia de Dios", y "Método común de meditación".

De una manera u otra, mi oración es un ejercicio de mi fe, es decir, de mi comunión con Jesús y con su Palabra. Desde él quiero entender mi vida. «Para un cristiano, todo puede y debería convertirse en oración» (Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 277).

Ofrecemos aquí una guía para orar con los tres métodos tradicionales marianistas. Se trata de una adaptación realizada expresamente para "Encarnar la palabra", teniendo en cuenta los textos originales (cf. *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 270-333).

I. MÉTODO DE ORACIÓN SOBRE EL CREDO

El texto original, "Método de oración sobre el Símbolo", constituye una cima del pensamiento de Guillermo José Chaminade sobre la vida de oración, y se dirige fundamentalmente a los que se inician en ella. En todos los proyectos y ensayos anteriores sobre la oración se destacaba de forma sobresaliente el papel de la fe. Esta consideración llega ahora a mayor claridad y precisión. El Fundador alude a este método de oración en una carta de 1840.

1. Entrada en la oración

In omnibus respice finem. En todas las cosas ten presente el fin.

Comienza tu oración tomando conciencia del sentido profundo de tu vida: "Conocer, amar y servir". Estas tres palabras te ayudan a ponerte en presencia del Señor y a entenderte en este momento y circunstancia de tu vida, en este rato de oración de fe que vas a vivir.

«Nuestro fin, nuestro único fin, es conocerle, amarle y glorificarle. Toda nuestra felicidad consiste en esto». Tu corazón está creado para amar. Y la fe es el don que él te regala para que aprendas a conocer, amar y servir. Comienza pidiendo un corazón creyente, la fe del corazón, para poder «no amar más que a Dios, no buscar más que a él solo, y no tender más que hacia él con todas nuestras fuerzas». Pide el don de la fe para ti y para el mundo entero: para que, creyendo, tenga vida (Jn 17,17-20). Pide el Espíritu Santo, y un corazón nuevo que sepa

alegrarse en que toda la felicidad está en conocer, amar y servir al Padre a través de Jesucristo; y sintiendo muy cerca de ti a María, la madre de los creyentes.

2. Orando con el símbolo de nuestra fe

Toma uno de los dos símbolos de la fe eclesial: el de los apóstoles o bien el largo de Nicea-Constantinopla. Estás ante una síntesis de fe que ha sido fruto de la vivencia de los primeros tiempos. Son los cimientos. No ha sido fácil formular esa fe, ni vivirla. Muchos fueron perseguidos por defender eso que ahora vas a rezar. Este credo ha tenido sus mártires y los sigue teniendo. No es una fórmula, es la afirmación común de la fe, de la esperanza, del amor que nos sostiene.

Lee primeramente el credo entero, despacio. Haz silencio, pide al Espíritu luz para profundizar en el misterio de Dios y en la historia salvífica. A continuación, detente en cada artículo de la fe. Medita y contempla. Lo que viene a continuación es una guía de oración, a título de ejemplo. Lo importante es lo que el Espíritu suscita en ti, personalmente, al detenerte en cada artículo de la fe.

Creo en Dios, padre y creador

Has sido creado a su imagen. Eres vida como él, libertad para el bien como él, fruto de su amor. Existes como la criatura-ícono de su verdad. Eres su criatura y a la vez su hijo o hija. Tienes, además, el encargo de cuidar de las criaturas: «labrar y cuidar la Tierra» (Gn 2,15).

Hago memoria de todo lo que he recibido de él. Soy un puro don suyo. Abro mis ojos para mirar la creación y el mundo. En todo habita Dios. Dios está incluso trabajando por su creación. Todo lo bueno, todo cuanto hay de noble, justo y amable en el mundo viene de él. De mi interior brota espontánea la oración ignaciana de ofrecimiento: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; tú me lo diste, a ti, Señor, te lo devuelvo. Todo es tuyo. Dispón de mí para lo que quieras. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta».

Creo en Jesucristo, hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de la humanidad

Enviado, mediador, camino. El creador y padre nos comunicó su Palabra de forma asombrosa y humilde: se hizo carne. Como la nuestra. Dios se hizo humanidad.

Ve a Nazaret y contempla a María en el día de la Anunciación: la palabra de María, "hágase", dio paso a que la Palabra se hiciera carne. Ve a Belén con José y María. Contempla al niño. María te lo da. Tómallo.

Treinta años viviendo en lo escondido de la vida cotidiana. Dios creció entre nosotros, y no lo sabíamos. «Con vosotros está y no lo conocéis» (Jn 1,26). Creo, Señor, que estás aquí en lo cotidiano, en la sencillez de la vida, como entonces.

Creo en la Palabra que pronunciaste durante tres años, en parábolas y en discursos, al formar a tus discípulos o en la intimidad de mesa y sala de estar con tus amigos. Creo en tu amor a todos, sobre todo, a los pobres y a los pecadores. Creo en tu perdón continuo, firme, sin condiciones.

Creo que no hay hecho más asombroso e inexplicable que tu entrega y tu cruz. Creo que en tu cruz está la vida, que nunca entenderé por qué el Dios Amor ha llegado por nosotros hasta este punto («los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Pero sé íntimamente, todos sabemos y creemos, que eso es lo único que basta. Solo tu cruz basta. Creo que de ahí brotó vida en plenitud, resurrección. Tú vives con el Padre, y eres amor infinito que nos espera y que, a la vez, vendrá.

Creo en el Espíritu Santo, amor y dador de vida

Amor del Padre y del Hijo, enviado a nosotros en Pentecostés, y a partir de ahí a todo el mundo, llenando el universo, infundiéndose «en todas las edades, entrando en los santos, hace de ellos amigos de Dios y profetas» (Sab 7,27).

Creo en ese amor que era quien movía a Jesús. Él estaba ungido (cristo) por ese Espíritu de amor total. Jesús nos lo prometió y nos los envió. Y ahora creo que el defensor sigue animando y consolando en las luchas de los testigos de Dios. Él sigue dando luz y fuego a los

nuevos profetas de la reconciliación, la justicia y la paz; abriendo caminos nuevos en la Iglesia; regalando carismas para que sean puestos al servicio de la comunidad y de la humanidad.

Creo en la Iglesia, que vive en la comunión, en el perdón y en la esperanza de una vida en plenitud

Llamados para vivir en el amor y para el amor («Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13,34). Formamos una comunión que es, a la vez, un regalo, un don y una tarea. Creo en la Iglesia que somos y que queremos ser en plenitud.

Creo que la Iglesia trasciende el tiempo y el espacio. Creo en la comunión de los santos de toda nuestra historia. Creo en una Iglesia que es comunión, y que se abre al mundo, y ora y trabaja con todos los creyentes de cualquier religión, y que busca la unidad con los hermanos de las otras confesiones cristianas.

Creo que el perdón que Jesús nos trajo y nos regaló en nombre del Padre es, desde entonces, una realidad y un camino. Sólo el perdón creará un mundo nuevo, sólo la reconciliación basada en la justicia y la misericordia hará posible que Dios reine hoy y siempre. Yo creo en la fuerza de ese perdón para mí y para todos.

Creo que hemos resucitado con Jesús, y que tenemos la vida si creemos y le seguimos de corazón. Y que esa vida en plenitud nos mueve a la alegría, a la paz y a la misión de extender este Evangelio, que es nuestra fuerza y nuestro tesoro.

Amén, amén, amén.

II. ORACIÓN DE FE Y PRESENCIA DE DIOS ("ORACIÓN DE SENCILLEZ")

El documento original parece ser de 1829, y se compone de doce "notas" que escribió el Fundador, como maestro de oración, con la intención de ayudar y orientar a sus discípulos en la vida de oración.

1. Abre la puerta por el silencio

Dice Jesús que cuando vayamos a orar, entremos en nuestra habitación y cerremos la puerta para hallarle en el secreto (Mt 6,6). Hacer silencio es la primera condición para poder escucharle. Un silencio que debe ser completo, que abarque todo nuestro ser porque todo el ser debe abrirse a su palabra. Así posibilitamos «oír a Dios dentro de uno mismo. *Escucharé lo que el señor habla en mi interior* (Sal 85,8). El silencio es completo sólo cuando al silencio de las palabras se le une el de los signos, el de la memoria, el de la imaginación, el de la mente y, sobre todo, el de las pasiones» (*El Espíritu que nos dio el ser*, p. 283, n. 381).

Pide al Señor que aquiete tu corazón, que lo centre en lo único necesario. Un silencio que puede darse incluso en medio de tus ocupaciones, de tu trabajo, porque lo profundo de ti está en esa apertura a él, en la paz contigo y con los demás.

2. La fe busca la presencia

El silencio sólo es una puerta. Tras ella viene el encuentro, y eso es lo que buscamos en la oración. «Cuando la fe ha crecido considerablemente, uno desea mantenerse en la presencia de Dios» (*El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 281, 377a).

La presencia es a la vez una obra de Dios y de mi actuación:

1. Dios siempre está presente, pero busca el encuentro

Toma conciencia de esta realidad. Hay momentos en los que la presencia de Dios se hace evidente, de forma más suave o más fuerte. Habitualmente dura poco tiempo, pero te queda una certeza clara de que es él. Utiliza casi siempre la forma de la "consolación", de la alegría profunda, porque ese es primordialmente su lenguaje. Muchas veces Dios utiliza como medio para este encuentro una causa concreta: la meditación de la Escritura, la palabra o el

ejemplo de una persona, un acontecimiento, etc. Otras veces puede hacerse presente "sin que tú sepas por qué", en momentos inesperados.

Estas formas de presencia de él deben ser para ti el apoyo y la memoria para poder entrar tú en la presencia de él.

2. Yo quiero abrirme a su presencia

Puede hacerse desde la Palabra o desde la vida, inmerso en la realidad cotidiana. Hecho el silencio, tomo conciencia de que Dios nos envuelve con su presencia; me envuelve a mí, nos envuelve a todos; a toda la creación y a toda historia; aquí y en todas partes, y ahora y siempre. Mi oración no busca pensar ni considerar. Sólo mirar, estar atento desde el corazón. Es la oración sencilla de la fe: «Una atención apacible a la presencia de Dios, lo cual hace que el alma le considere a la luz de la fe con toda la atención del corazón, y no quiera más que a él; le mira sin cesar y no se cansa de mirarle» (G.J. Chaminade. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 279, n. 373).

Un ejercicio de iniciación consiste en ponernos en la presencia de Dios en un momento concreto; habituarnos a realizar este "calado" en lo profundo, aunque sea cuestión de un minuto, en medio de nuestro trabajo y ajetreo diario.

Pero a lo que todo esto se encamina es a la "conciencia de presencia permanente", que es a la vez un don y el resultado de la maduración de nuestra vida de fe: «*Anda en mi presencia y sé perfecto*», decía Dios a Abrahán (Gn 17,1).

III. MÉTODO COMÚN DE MEDITACIÓN

En los primeros años de la fundación de las dos congregaciones religiosas marianistas, el interés de Guillermo José Chaminade, como maestro espiritual, se centra en ayudar a los que dedican un buen tiempo diario a la oración. Juan Bautista Lalanne, uno de los primeros discípulos del Fundador, escribió en 1817 una pequeña guía para orar. Chaminade, por su parte, compuso también un breve ensayo, "El otro método" (1818). Ambos textos terminaron confluyendo, para dar lugar, hacia 1820, al "Método común de meditación". Siguiendo sus pautas han orado los y las marianistas durante muchos años, por lo que todos le reconocemos un papel importante en la historia de nuestra pedagogía orante.

1. "Entra en tu cuarto y cierra la puerta" (Preparación)

1. Cuida el clima del día

Entra por el camino de "los cinco silencios", para disponerte a la escucha y a la interioridad ("espíritu de María" y "espíritu de fe" son sinónimos, para el Fundador, de "espíritu de oración"). Hazte consciente de la presencia de Dios a lo largo de la jornada. Vive el aquí y el ahora. Asume la realidad de todo como sacramento del espíritu. Si puede ser, reserva un tiempo de lectura espiritual.

2. Dedica un pequeño momento a preparar tu rato de oración

Elige el texto bíblico o el asunto de tu oración.

3. Entra en la oración haciendo silencio

Ábrete al Espíritu Santo y pídele que venga en tu ayuda como luz para la fe y fuerza para el amor. Toma conciencia del destinatario de tu oración: el Padre. Eres su criatura, su imagen. Eres de él y para él. Recuerda cuál es el camino para llegar: Jesucristo. Todo lo haces a través de Jesús, por Jesús. Eres hijo en el Hijo. Tu oración de hoy descansa y se alimenta de esta relación de amor con la Trinidad. Haz un sitio a María, junto a ti. Siente su cercanía de madre, modelo de creyentes e intercesora.

2. "Ora a tu Padre, que está en lo escondido" (Cuerpo de la oración)

1. Ábrete a la verdad de Dios y del Reino ("Consideraciones")

Dedica el primero momento a una reflexión sencilla sobre el texto o el tema elegido. Pide luz para comprender la verdad del misterio revelado. Pide poder orar con el "espíritu de María" o "espíritu interior". Este momento de consideraciones es "poner a Jesús ante los ojos": lo más

importante de las verdades de fe está condensado en la persona de Jesús. De ahí que debemos comenzar escuchando sus palabras, que están en el Evangelio, o en lo que el Espíritu suscita hoy en el corazón de los creyentes, y en los signos del tiempo presente. Miramos su persona revelada en la Escritura, y presente misteriosamente en el sacramento de la eucaristía o en el sacramento del cuerpo místico: el hermano, sobre todo el que sufre, el débil, el pobre. Y aunque en esta consideración no llegues del todo a entender, no te inquietes, permanece a la escucha. *«Esto no entiendo como es, y no entenderlo me hace gran regalo [...] Cuando el Señor quiere darlo a entender, su Majestad lo hace sin trabajo nuestro»* (Santa Teresa de Jesús, *Meditaciones sobre los Cantares, 1, 1*).

2. Deja que él te ame y habla tú al amor ("Afectos")

En un segundo momento, deja que la verdad de lo considerado se haga motivo de amor. Agradece, alaba, pide, intercede. El "espíritu de fe", que es verdaderamente el "espíritu de María", te ha hecho considerar todo desde Dios, desde la perspectiva del Evangelio. Por eso las "consideraciones" de nuestro método de oración no son sino "miradas de fe". Pero ahora esa mirada se convierte en ejercicio de amor: creemos con la "fe del corazón", que nos hace amar lo que se cree y a aquél en quien se cree. Este momento de la meditación es "poner a Jesús en el corazón". Ya no es un texto o una verdad lo que te hace orar. Ahora el Espíritu te lleva al encuentro con la persona de Cristo, que te conduce al Padre.

En este encuentro se escucha, uno se deja amar, se aprende a sentir y gustar todo internamente, como María, que guardaba todo en su corazón (Lc 2,19.51). Se contempla en silencio, dando su tiempo al Señor. Pero también es el momento en que la fe se hace expresión de amor hacia el Señor. Y el amor tiene unos lenguajes que sólo los sabe y los practica el que ama. La Escritura y la vida son para nosotros las grandes escuelas para aprender este idioma de los afectos de la fe.

3. Descubre y practica lo que Dios te ha dicho ("Resoluciones")

Consideración y afecto, verdad y amor, nos llevan de la mano, en este tercer momento, a recoger la palabra que él te ha dirigido en vistas a la vida. Quizá ha habido una luz, una sugerencia del Maestro interior para aplicar la oración a tus relaciones, tu trabajo, etc. Orar es, al mismo tiempo, poder preguntar «Señor, ¿qué quieres que yo haga?», y disponerme a «hacer lo que Jesús nos diga» (Jn 2,5). La oración es así el momento de una escucha fundamental: la de saber lo que Dios quiere, la elección que Dios hace, la decisión que Dios tiene para mí. No hay oración verdadera si no desemboca en la obediencia, porque el amor es, al final, consentimiento.

Mi meditación termina entonces en un querer identificarme con Jesús, viviendo como él vivió, queriendo lo que él quiso, abriéndome a su Palabra, encarnándola en la vida. Es "poner a Jesús en las manos", sabiendo que no soy yo quien toma unas "resoluciones", sino él, que me ha elegido y me llama cada día. Hazte consciente de hacia dónde te ha dirigido Dios a través de esta oración. No pretendas encontrar artificialmente una indicación suya para tu vida, ni tampoco quieras concretar, sin más, una resolución voluntarista. Quizá te tengas que contentar con un pequeño compromiso en relación a tu vida de fe, de relaciones o de misión. En todo caso, es la oración la que te habrá iluminado, para conocer y asumir lo que Dios quiere de ti.

El momento final de la meditación de fe es, como dice José Simler, una oración de conformidad con la voluntad de Dios (cf. *Guía de la oración mental* nn. 268-278).

3. "Y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará" (Despedida)

Concluye tu oración dando gracias por este momento de encuentro con él. Pide perdón si ha habido resistencia a acoger la Palabra. Pon en las manos de María todo lo bueno que ha sucedido, porque «María sostiene las gracias para que no se malgasten» (San Buenaventura).

Elige un pensamiento o una luz que haya quedado de esta oración, para que te acompañe durante el día, o en el momento de acostarte.

Examen de la oración. Revisa este rato de oración. Anota en tu cuaderno de oración lo más interesante: luces, resistencias, llamadas interiores. Todo ello puede ser interesante para volver más tarde, sea en la oración o en el propio discernimiento de lo que Dios está diciendo.

5. UNA PROPUESTA ACTUAL PARA ORAR EL CARISMA

1. **“Encarnar la palabra”. Oración e Itinerario espiritual marianista. Enrique Aguilera y José María Arnáiz.** (Servicio de publicaciones marianistas. Madrid. 1998). La obra que ha reflexionado sobre oración y espiritualidad en nuestro carisma, situando esta reflexión en un “camino”, con propuestas orantes y con dos antologías de textos (La Biblia y el Carisma marianista). El libro está publicado en las tres lenguas mayoritarias de la Familia marianista (español, inglés y francés) y en algunas otras como el italiano y el coreano.

2. **“Oraciones marianistas. De las oraciones a la oración”.**

Libro para orar en Familia marianista. Se trata de la segunda obra sobre la oración, que publicó una Comisión internacional de la Familia marianista en 2000, después de la publicación de “Encarnar la Palabra”. “Oraciones marianistas” está publicado en español en la colección “Espiritualidad marianista” (nº 16), por el Servicio de Publicaciones Marianistas.

+++++